

que no le pueden impedir el cuidar de aquellas. Siempre, en todas partes se halla Dios; es igual en donde quiera; aún en las cosas que ménos se parecen, Él es el mismo siempre. [1]

Es, pues, indispensable segun el consejo de David, arrojar en el seno del Señor todos los cuidados de la vida; y el Señor no dejará al justo en agitacion perpétua. [2]

Cuando contemplamos los amorosos cuidados de la providencia de Dios sobre nosotros, sentimos en el alma, el más puro y santo reconocimiento: ni la miseria y pequeñez de nuestro sér, ni las faltas con que sin cesar quebrantamos su ley santa, hacen que nos olvide y abandone: y cuando le decimos: Arrojado me hallo de tu vista; el Señor oye nuestra oracion, (3) y conocemos que no se adormece ni dormita el que guarda á Israel: que el Señor es su custodio y está á su lado para defenderlo; que su providencia impedirá que durante el dia lo queme el sol, ó de noche lo dañe la luna; mas lo guardará de todo mal y guiará todos los pasos de su vida desde ahora y para siempre. [4]

Esa providencia de que hablamos nos revela el grande y tierno amor que Dios nos tiene, no sólo por los cuidados con que nos atiende; mas tambien por el fin á que todos se encaminan; la vida eterna; ellos, pues, nos descubren sin cesar el eterno y amoroso pensamiento de Dios hácia nosotros: El Señor quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. (5)

Bajo este punto de vista los sucesos de la vida, y

(1) D. Gregor. Moral. L. 27. n. 35.—Cerberon. Theol. hic. . . . (2) Ps. LIV. 23. [3] Ps. XXX. 23 [4] Id. CXX. 4,-8. [5] I. Tim. II. 4.

todos los objetos que tienen con nosotros alguna relacion, nos anuncian con grandes y sentidas voces cuánto es lo que el Señor nos ama: forman esas voces un divino y celestial concierto cuya melodía encanta nuestras almas y las llena de ternura. ¡Cómo no sentirnos llenos de amor y santa gratitud para con Dios Nuestro Señor! ¡Serémos semejantes al aspid que, segun el lenguaje de David, se hace sordo, y se tapa las orejas, y no quiere escuchar la voz de los encantadores, ni del mago más hábil? De ninguna suerte; que ántes bien rendidos á sus piés le pedirémos que nos hable: Hablad Señor que vuestros siervos, pendientes están de vuestros labios. Oiré lo que el Señor Dios me hable, pues Él anunciará la paz á su pueblo. Él infundirá en mi oido palabras de gozo y de alegría; y se recrearán mis huesos humillados. [1]

### CAPÍTULO III.

#### § I.

#### LA DIVINA PROVIDENCIA, LA SANTIDAD Y LA UNIDAD DE NUESTRO DIOS.

Muy poco, á la verdad, hemos dicho acerca de la divina providencia del Eterno: nuestro amor no ha quedado satisfecho; digamos, pues, una palabra más ya que tanto amamos ese atributo adorable y soberano. Rendidos nos hallamos á los piés de Dios, sin embargo de haberle resistido, en otro tiempo, y apesar de las pasiones, segun dijimos en el capítulo anterior; y de la profunda y triste indiferencia que por nada llama la a-

[1] I. Reg. III. 10.—Ps. LXXXIV. 9. I. 10.



tencion; y sin embargo tambien, de los altivos pensamientos que nos levantan como el cedro del Líbano y llenan de soberbia nuestras almas; porque la voz de Dios está henchida de grandeza y poderío; hace estremecer y llena de temor los desiertos; quebranta los cedros magníficos del Líbano; entretanto que el mismo Dios está sentado en deslumbrante y firme trono, como Rey, por toda la eternidad, y colmando á su pueblo de dulces bendiciones de paz y de consuelo. (1)

Oigamos, pues, siquiera un instante, la muy amada voz del Eterno: Yo os amé, dice el Señor, por su profeta. (2) Y nosotros preguntamos, no como los ingratos Israelitas que desconocian los divinos beneficios; sino para encender y avivar más y más en el alma, la pura llama del sagrado amor, y los más bellos y dulces sentimientos de la gratitud: ¿En qué nos amaste? Oigamos la respuesta: ¿No era Esau hermano de Jacob, y Yo amé á Jacob y aborrecí á Esau, y reduje á soledad sus montañas, abandonando su heredad á los dragones del desierto? La soledad, el abandono, es la triste y desgraciada suerte de aquellos á quienes Dios no ama; cuando, al contrario, los desvelos de su tierna providencia, son la prueba más brillante de su dulce y paternal amor. Yo os amé; ¡qué expresion tan llena de consuelo! Yo os amé; y esta dulcísima palabra se halla escrita en todos y cada uno de los beneficios del Señor, y el corazon la escucha sin cesar, enternecido y humillado en gran manera; ¿por qué decimos esto último? Porque el profeta cuyas palabras hemos referido, continuaba en nombre del Señor, en estos términos:

[1] Ps. XXVIII. 4. et. seq. (2) Malach. I. 2.

El hijo honra á su padre, y el siervo á su Señor: pues si Yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me corresponde? Y si soy vuestro Señor ¿dónde la reverencia que se me debe? Sí, verdaderamente, Dios es nuestro adorable Señor, el tierno y amoroso Padre que nos cuida y ampara, cuya divina providencia nos colma sin cesar de bendiciones; debemos, por lo mismo, amarlo de continuo, y bendecirlo, y estar para con Él, eternamente penetrados de los sentimientos de la más afectuosa y tierna gratitud. Cada uno de sus santos beneficios al descender sobre nosotros cual lluvia saludable, debe arrancarnos un suspiro, y poner en nuestros labios cánticos bellísimos de amor, que expresen cuánto es el cariño y la inmensa gratitud que llena el alma; y la humilde confesion, en fin, que publica y reconoce su gracia y los favores de su diestra. Glorificado sea el Señor más allá de los confines de Israel. (1)

No nos deja el Señor en triste y fatídico abandono sin embargo de las muchas faltas con que tantas veces quebrantamos su adorable ley. En efecto, en todas partes nos conserva y protege su divina y amorosa providencia: El Señor tiene misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puede, y disimula los pecados de los hombres, á fin de que hagan penitencia: porque ama todo cuanto tiene sér, y nada aborrece de todo lo que ha hecho; que si alguna cosa aborreciese, nunca la hubiera ordenado ni hecho. ¿Y cómo pudiera durar alguna cosa, si Él no quisiera, ni conservarse nada sin su orden? Mas Él es indulgente para con todos; por-

(1) Id. V. 5.



que tuyas son todas las cosas, del Señor amador de las almas. (1)

La providencia del Señor nos conserva y defiende, hemos dicho, sin embargo de nuestros pecados. Ved aquí una imágen, ciertamente débil é imperfecta; pero con todo, la más hermosa y sentimental que puede presentarnos el corazón de un padre terreno. El ejército de David tenía que pelear contra el ingrato Absalon; mas David encarga y manda á los generales de sus tropas que no den muerte al hijo rebelde: Guardadme á mi hijo Absalon. (2) Y sin embargo Absalon lo perseguía de muerte. Ahora bien; ¿podemos contar las veces que nosotros, asimismo, peleamos, insensatos, por medio de nuestros pecados contra el más amoroso y tierno de los padres? Y sin embargo su Majestad ordena, no á infieles generales que puedan quebrantar su mandamiento, sino á sus santos ángeles, que nos lleven en las palmas de sus manos, y nos guarden en todos los caminos de la vida: Guardadme á mis hijos: esta es la voz que continuamente están oyendo aquellos espíritus que Dios ha mandado para nuestro amparo, á fin de que consigamos la herencia de la salud eterna. (3) Esta maravillosa conducta de la divina providencia del Señor, nos revela profunda y admirablemente cuánta es su caridad hácia nosotros. Que Dios proteja á sus fieles servidores en los grandes peligros que los rodean, es un efecto de su adorable bondad, por el que merece la gloria y bendición de sus criaturas; efecto que ha podido arrancar de los labios de los mismos infieles, los más brillantes

(1) Sap. XI. 24,-27. (2) II. Reg. XVIII. 12. (3) Heb. I. 14.

testimonios á su grandeza y soberano poder: Bendito sea el Dios de Sidrach, Misach y Abdénago, exclamaba Nabucodonosor, que envió su Ángel y libró á sus siervos que creyeron en Él: y mudaron la palabra del rey, y entregaron sus cuerpos por no servir ni adorar á otro ningún Dios, sino sólo á su Dios..... Todo pueblo, tribu y lengua, cualquiera que blasfemase contra el Dios de Sidrach, Misach y Abdénago, perezca, y su casa sea destruida: porque no hay otro Dios que pueda así salvar. Y Darío decía también: Yo he establecido un decreto, para que en todo mi imperio y reino respeten y teman al Dios de Daniel. Porque Él mismo es el Dios viviente y eterno por los siglos: y su reino no será destruido, y su poder hasta la eternidad. [1] Pero que Dios guarde una conducta semejante respecto de los mismos que le ofenden, es ésta una obra estupenda y adorable de su infinita y amorosa dignación. Asombrados de ella preguntamos, casi sin saber lo que nos pasa: ¿en dónde está el odio infinito de Dios contra el pecado? ¿en dónde el cumplimiento de sus terribles amenazas? Tales preguntas en vez de pedir contestación, llenan de lágrimas los ojos, y enterneciendo el corazón, exclama: ¡Cuán bueno es el Señor, cuán bueno es! Y sin embargo de la gran confianza que tales sentimientos nos inspiran, no podemos dar un paso en la senda de la presunción, porque al punto tendremos que escuchar en el confín del horizonte, el ronco trueno de la tempestad que se levanta, y cubrirá muy pronto, el bello cielo donde ántes no vagaba ni un celaje que amortiguase la hermosa luz que por todas

(1) Dan. III. 95,-96.-VI. 26.

008403



partes contemplaba nuestra vista:—Tan pronto como Él ejerce su misericordia, ejercita su indignacion; y su ira está sobre el pecador. No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un dia para otro, porque derrepente sobreviene su ira, y en el dia de la venganza acabará contigo. (1)

Los cuidados, pues, y el desvelo con que nos protege la santa y amorosa providencia del Eterno, no son sino lazos de amor con que nos lleva á su seno tan dulcemente, que al reflexionar sobre esto, nosotros mismos le pedimos que jamas permita que lleguemos á romperlos por la culpa; mas ántes bien, nos lleven siempre por el camino de la salud y vida eterna; por que esos lazos son ataduras saludables. [2]

Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos, toda la tierra llena está de su gloria. [3] ¿Habeis oido? Es el himno más hermoso del amor; por esto los serafines lo cantan sin cesar; y tambien por esto, cuando los hombres, con él bendicen al Señor, sienten arrebatos de divino júbilo; y la llama de la santa caridad abrasa dulcemente nuestras almas. No hay santo como el Señor, porque no hay otro fuera de Él, y no hay fuerte como el Dios nuestro. [4] Él es justo en todos sus caminos: y santo en todas sus obras. [5]

Dios es perfectísimo, el Sér necesario por su esencia: tiene la plenitud del sér, y por lo mismo es infinito en su adorable santidad: ¿quién pudiera limitarlo en esa perfeccion y santidad que le es tan propia? En verdad que Él mismo no sería, pues que no es la causa de su propio Sér: necesariamente es lo que es: y ningun otro

(1) Ecci. V. 7,-9. (2) Osee. XI. 4.-Ecci. VI. 31. (3) Isa. VI. 3. (4) I. Reg. II. 2. [5] Ps. CXLIV. 17.

podría poner aquellos límites, porque fuera de Él ¿quién hay semejante al Dios omnipotente, y de eterna y soberana majestad?

La noción misma que Dios tenemos nos revela su adorable é infinita santidad; pues Él es el Sér respecto de quien nada mejor ó mayor puede pensarse ni existir. [1]

La justicia, la verdad, y el amor; tres elementos por decirlo así, de la perfecta santidad: ¿ésta, puede por ventura, existir sin la justicia, ó la justicia sin la verdad? ¿ó podemos concebir la perfeccion de entrámbas sin que estén unidas por el santo é indisoluble lazo del sagrado amor? Ahora bien, el Señor es justo y ama la justicia: Está siempre su rostro mirando la rectitud. [2] Y este mismo Dios es el Señor de la verdad, [3] de quien se halla escrito: Tú amaste la verdad. [4] Mas ¿qué cosa es la verdad? Es, nos dice el Ángel de la Escuela, la conformidad del entendimiento y del objeto conocido. El entendimiento que es causa del objeto, se compara á éste, como regla y medida; sucediendo lo contrario respecto del entendimiento que recibe la ciencia del objeto. En este último caso la verdad consiste en la conformidad del entendimiento con el objeto; y en la de éste con el entendimiento en el caso anterior. Añadamos que la justicia de Dios que constituye el órden en las cosas conforme á la razon de su sabiduría, que es su ley, con exactitud se llama verdad. (5)

Tenemos ya la verdad y la justicia estrechamente unidas con amorosa lazada; ahora levantando nuestras

[1] Perrone de Infinitate. Dei. Prop. 1. (2) Ps. X. 8. (3) Id. XXX. 6. (4) Id. L. 8. (5) I. p. q. 21. a. 2.



débiles miradas hasta el trono del Señor, ¿qué diremos al contemplar su justicia infinita, su santísima verdad, y su eterno y soberano amor? Dios se conoce á Sí mismo con infinita y acabada perfeccion; pero ese conocimiento no puede dilatarse más allá del mismo Dios; ¿qué objeto se puede iluminar con la espléndida llama de su ciencia, que no se encuentre en su mismo seno? ¿hácia dónde se podrá extender, hablando nuestro pobre y humilde lenguaje, que allí no esté su Majestad? Mas si su conocimiento no lo excede, el mismo Dios no es superior al conocimiento de que hablamos y es el propio suyo. Hé aquí, pues, la verdad perfecta y consumada; hé aquí, asimismo, la justicia, pues aquel conocimiento ni discrepa, ni puede discrepar un ápice del mismo Dios. Nos resta solamente, preguntar: ¿podrá Dios dejar de amarse, ó no amar el conocimiento que tiene de Sí mismo? Dios es caridad, nos dice San Juan, (1) y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él. Y el conocimiento de que hablamos está en el mismo Dios. Ved, pues, la justicia, la verdad y el amor, que siempre brillan en el trono del Eterno, y nos revelan su infinita y adorable santidad.

La santidad de Dios. Ella humilla nuestras frentes hasta el polvo; ¡oh cuán profunda y humilde es la adoracion que le rendimos! Sólo Dios es Santo, y la misma santidad, origen y principio de toda la virtud y santidad que se encuentra en las criaturas. Mas ésta ¿qué viene á ser si queremos ponerla delante de la infinita santidad de Dios? No hay hombre justo si se compara con Dios. Si Dios quiere entrar en juicio con él, no

(1) I. IV. 16.

podrá responderle de mil cargos uno solo... Si yo quisiere justificarme, decia tambien el Santo Job, me condenará mi propia boca: si me quisiere manifestar inocente, Él me convencerá de reo..... Por más que me lave con aguas de nieve y reluzcan mis manos de puro limpias; sin embargo, me tendrá como sumergido en inmundicias, y hasta mis vestidos harán asco de mí. (1) Y en realidad, todos nosotros venimos á ser delante del Señor, como un inmundo leproso, y cual trapo sucio y hediondo todas nuestras obras de justificacion. (2)

Al pensar en la infinita santidad de nuestro Dios, la humildad, tal vez tocada de triste desaliento pregunta sollozando: ¿quién podrá volver puro al que de impura simiente fué concebido? Y ella misma contesta volviendo los ojos al que es origen de toda santidad, ¿quién sino Tú solo que eres puro y santo por tu misma esencia? (3) Estas palabras le hacen sacudir el desaliento, y llena de confianza pide al Señor que la purifique más de su iniquidad y la limpie del pecado, que la rocié con el hisopo, y la lave para quedar más blanca que la nieve; y añade: Cread en mí, oh Dios! un corazon puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud. No me arrojes de tu presencia, y no retires de mí tu santo Espíritu; restituidme la alegría de tu Salvador; y confirmadme con el espíritu de fortaleza, de tu santa gracia. (4)

La santidad de Dios causa dulcísimo y profundo gozo en nuestras almas. Hemos recibido el espíritu de adopcion de hijos en virtud del cual clamamos con toda confianza: ¡Oh Padre mío! Y el mismo Espíritu

(1) IX. 2, 3, -20, -30, 31. (2) Isa. LXIV. 6. (3) Job. XIV. 4.

(4) Ps. L. 3, -4, . . . 9, -12, -14. D. Hieron. hic.